

POR LAS ENTRAÑAS DEL CAUCA II. Durante cinco días un equipo periodístico de El País recorrió los municipios que fueron asiento de la guerrilla.

La difícil recuperación del Macizo

Viaje al interior del Cauca

Por Óscar Javier Gamboa
Enviado especial de El País

Cauca. Al llegar al municipio de Santa Rosa, al sur del departamento del Cauca, en pleno Macizo Colombiano, se tiene la sensación de estar entrando en uno de esos pueblos del Vietnam que muestran en las películas sobre la guerra que vivió la antigua Indochina en la década de los años 60.

Aquí la situación no es muy diferente. Las mismas calles destapadas, aunque ya está llegando el pavimento, los mismos puestos militares de control en las entradas al pueblo, la misma alta presencia de hombres armados disimulados por la pequeña población.

También los rostros y la actitud de las personas reflejan el mismo temor que muestran las producciones cinematográficas en los campesinos vietnamitas.

Aquí es como si el miedo estuviera en el ambiente y se metiera por los poros del recién llegado.

En Santa Rosa la situación de hoy no es distinta a la que se vivía hasta octubre de 2003, cuando las Farc, sin un gran despliegue bélico, eran las que mandaban en el pueblo.

Después de 20 años de ausencia del Estado, el Ejército llegó al poblado y desplazó a la guerrilla. Tres meses después ingresó la Policía, que hoy tiene doce puestos de control repartidos estratégicamente en las pocas calles del casco urbano habitado por menos de dos mil personas.

También hay una base permanente del Batallón de Alta Montaña Número 4, general Benjamín Herrera. Actualmente, sólo en el casco urbano del municipio hay alrededor de 400 uniformados, uno por cada cuatro habitantes.

Sin embargo, ese enorme despliegue de Fuerza Pública no logra disipar el miedo de los indígenas y campesinos que aún sienten el asedio guerrillero.

Así lo reconoce el teniente Brítez—uno de los oficiales a cargo del destacamento policial en Santa Rosa—, quien de paso admite que a pesar del trabajo que se ha hecho con la comunidad en los 20 meses que la institución lleva en el pueblo, la gente sigue muy apática a la Fuerza Pública. Y es que si bien el ingreso del Ejército sacó a la guerrilla de Santa Rosa, algunos milicianos permanecen en los corregimientos.

Milicianos, que como lo dijo el teniente Brítez, de cuando en vez bajan al pueblo a recordarles a los campesinos la amenaza que les hicieron en 2003 al abandonar la población: "Quien preste colaboración al Ejército y a la Policía sufrirá las consecuencias".

Fue por ello que durante los cuatro meses siguientes al regreso al pueblo en las tiendas no les vendían a los policías. Hoy ya no sólo les entregan suministros, sino que les asisten en la alimentación diaria.

Es un espacio que se han ido ganando a pulso, mediante la participación directa en las actividades comunitarias de la Alcaldía y la parroquia. Con ese propósito de ganarse a la comunidad, algunos auxiliares regulares son los encargados de preparar a los niños que van a hacer la Primera Comunión o a recibir la confirmación.

A pesar de una fuerte presencia de la Fuerza Pública los campesinos mantienen el temor frente a posibles acciones de los grupos armados ilegales.

Durante 20 años el ELN y las Farc fueron la única autoridad en la mayoría de los municipios del sur y oriente del Cauca.

En medio de un grupo de montañas de la parte alta del Macizo Colombiano, se levanta el municipio de San Sebastián, en donde la comunidad Yinacona hace esfuerzos por salir adelante, luego de 20 años de fuerte presencia guerrillera.

FOTOS: AYMER ALVAREZ | ENVIADO ESPECIAL DE EL PAÍS



Debido a la presencia de minas sembradas por la guerrilla, los campesinos del Cauca prefieren movilizarse a pie por la carretera, evitando los trochas.

el número
50.000
personas.

Aproximadamente, habitan en los municipios del Macizo, en los que se concentran las operaciones militares.

el dato clave

El abandono estatal en el municipio de Santa Rosa, Cauca, es de tal magnitud, que a pesar de ser epicentro de fuertes operaciones militares desde hace cinco meses no cuentan con servicio telefónico.

La sensación de seguridad es notable, aunque el capitán Sepúlveda reconoce la presencia de guerrilleros en la parte alta de la cordillera.

Pero allí, en el corregimiento de Valencia, ubicado en pleno Valle de las Papas—una región exuberante en donde emerge la Estrella Fluvial de Colombia, que componen los ríos Magdalena, Cauca, Patía y Cauquía—, está asentado el Batallón de Alta Montaña Número Cuatro.

Los 1.200 hombres que integran esta unidad operativa son los responsables de mantener a raya a los frentes de las Farc y el ELN que dominan esa zona de la llamada Bota Cauca.

Presencia que se ha reducido a algunos cuantos milicianos, que vestidos de civil ejecutan algunas acciones, como la del pasado martes en el casco urbano de Almoguer, en donde con disparos de fusil dieron muerte a dos policías que prestaban guardia en la parte alta.

La instalación del Batallón de Alta Montaña ha permitido que los campesinos de la parte norte del Macizo regresen a cultivar

sus parcelas, así sea para producir pequeñas cantidades de cultivos de pan coger.

Es una sensación de seguridad que se evidencia sobre la carretera, en donde desde hace dos años no se presentan los retenes que tradicionalmente montaba la guerrilla en la zona.

Pancitara—un resguardo indígena en la parte alta del páramo—, La Sierra, La Vega y San Diego, son poblaciones del pie de monte del Macizo en las que el trabajo coordinado de Ejército y Policía, poco a poco, ha logrado devolverles la seguridad a sus habitantes.

Pero así como esta región es rica en biodiversidad y con un valor geoestratégico indiscutible—comunica diversas zonas de interés para el país porque constituye un corredor que une la región pacífica con la Amazonia, los Llanos y la región andina— históricamente ha sido abandonada y marginada, lo que la ha sumido en un alto grado de pobreza.

Esa situación, sumada a la presencia de los grupos armados ilegales hizo de la zona un lugar ideal para la siembra de cultivos de uso ilícito.

Hoy, a pesar de las intensas fumigaciones, en la parte más agreste persisten muchas parcelas en las que por entre los matorrales resacas se dejan ver con todo su colorido centenares de matas de amapola.

"Esto es lo único que nos ha quedado. Sólo lo hacemos para comer", dice "Luis", quien en compañía de otros cinco vecinos perfora los bulbos para extraer el látex, que posteriormente y muy lejos de allí se convertirá en heroína.

Ellos, y muchos en esa zona aseguran no haber escuchado hablar de guardabosques. Plantas o sustitución de cultivos. De lo que si están seguros es de poder reconocer desde muy lejos los motores de los aviones que desde hace tres años han fumigado sus sembrados.

juntas con los uniformados.

"Hace dos años, después de la llegada de la Policía, volvieron los robos, se perdían las gallinas y algunos otros elementos de las casas", comentó el cura párroco de San Sebastián, quien agregó que policías fueron responsables de que se acabaran algunos matrimonios.

Pero desde la llegada hace seis meses de un nuevo destacamento policial, las relaciones han comenzado a cambiar. Los uniformados participan de la Banda Marcial, dictan charlas y hasta dos de los auxiliares oficiales como profesores de preescolar en la escuela.

Esa estrategia de integración a la comunidad la tiene bien

clara el capitán Nelson Sepúlveda, comandante de la Policía en el municipio, quien explicó que de esa manera se ha ido cambiando la imagen que tenía la gente de la Policía.

"Es que fueron 20 años de presencia y presión permanentes de la guerrilla en esta zona", dice el oficial como justificando la resistencia que todavía muestran algunos habitantes hacia la Fuerza Pública.

En San Sebastián, en donde sus cuatro calles están pavimentadas y la comunidad trabaja en la renovación del alcantarillado, la falta de oportunidades laborales es el principal problema para las autoridades locales.